

«El cobrador», un cuento de Rubem Fonseca: Interrogantes y comentarios



SUSANA GARCÍA¹

Un mundo es algo que me rodea, que puede sumergirme;
en todo caso, que yo no produzco, sino en el cual me encuentro.

Paul Ricouer

PRÓLOGO

Rubem Fonseca (1925-2020), brasileño, fue policía, abogado, juez penal, y comenzó como escritor a los 38 años de edad, trabajando en textos que dan cuenta de su experiencia anterior, vinculados a la violencia, la marginalidad, la justicia, pero sin configurar una literatura *realista*. En sus textos hay crítica social despiadada, sarcasmo, ironía, humor, crueldad sin concesiones, pero nada es gratuito.

Escribió numerosos cuentos, novelas y guiones cinematográficos. Fue muy premiado; entre otros, recibió el Premio Konex del Mercosur y también el Juan Rulfo.

Fue censurado por la dictadura militar de su país por el contenido explícito de sus obras, acusadas de inmoralidad, y en 1977 inició un proceso judicial reivindicando su derecho a hacer literatura, proceso que sostuvo durante doce años en los estrados de la Justicia. Fue en medio de esta crítica situación con el poder fáctico de su país que publicó «El cobrador».

UN CUENTO QUE IMPIDE RESPIRAR

Un hombre entra en un consultorio de dentista con su «muela rabiando». Lo atienden, y el profesional le pregunta por qué se había descuidado la boca de esa manera, y la reflexión silenciosa del «cobrador» sorprende: «Como para partirse de risa. Tienen gracia estos tipos».

Con ese detalle se ponen de manifiesto dos mundos, la criteriosa advertencia

1 Miembro titular en funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. sgarvaz@gmail.com

del odontólogo, «va a perder todos los dientes», y él, que se ríe de ese absurdo comentario. ¿No tiene más para perder? Le deben todo: «Odio a los dentistas, a los comerciantes, a los abogados, a los industriales, a los funcionarios, a los médicos, a los ejecutivos, a toda esa canalla».

«¡No pago nada! ¡Me he hartado de pagar! [...] ¡Ahora soy yo quien cobra!»

Y así se inicia el desarrollo de una violencia, que quita la respiración y que me obligó a abandonar una lectura intolerable. Pero algo me llevó a retomarla: ¿masoquismo?, ¿sadismo?, ¿voyerismo? Puede ser, pero también, en ese despliegue sorprendente y aterrador de violencia, había un más allá del acto feroz, dando cuenta de un cruel y profundo encare social, así como una escritura seca, dura, pero extraordinaria, que me permitió finalizar el cuento.

Una dentadura, un color de piel, una sonrisa, una forma de vestir, un auto, una bella fiesta, lo que comen: «Come caviar/ tu hora va a llegar» dice «el poeta» (así se autodenomina el cobrador); aquellos que caminan por las mismas calles que él, los que escriben en los periódicos, los que ve en la propaganda televisiva estimulan el odio y el deseo de dar muerte.

«Alguien es responsable de su pobreza, de su discriminación e incluso de su carencia de dientes, y es imperativo cobrarlos» (López Guevara, 2007).

¿Podríamos llamarla una *compulsión a matar*? ¿Un patológico resentimiento de

clase, un odio que solo se alivia con una descarga cruel? Green (1993/1995) señala que el alivio de tensión que produce el acto heteroagresivo (en este caso, dar muerte) es insuficiente y poco efectivo, por eso se repite todo el tiempo, porque el problema central no es la heteroagresividad, sino lo que minó el psiquismo, las marcas dejadas por los objetos originarios.

Pero hay otras claves en este cuento.

El cobrador viola a mujeres, podríamos pensarlo también como descarga de «su necesidad», pero no mata a esas mujeres, y las desea, o las recuerda o las cuida, busca su propio placer, pero también el de su víctima.

Se manifiesta, entonces, una corriente destructiva que produce horror, en la que predominaría el absurdo, la crueldad, deuda que se cobra con humanos porque sonríen con todos los dientes, o claman que tienen hijos o simplemente son lindos, blancos y bien vestidos, y otra corriente sexual deseante que es capaz de amar y desarrollar cuidados. Además, surge también una ética: puede tener ganas de estrangular a alguien, pero no lo realiza con «una desgraciada» ni con un mulato que le niega algo.

Fonseca, dice Gómez (2011) citando a Ricoeur, «se abre camino en lo real»; más que representar o reflejar una realidad externa, la construye en una red de relaciones desconocida para el relato oficial. Propone una realidad nueva desde otras

formas de subjetividad. Señala Gómez que, para Fonseca, el poder no se construye en términos de prohibición y represión, sino que se configura como una instancia productiva que genera las subjetividades, formas de ser y de llamar a ser. Con ello está señalando la proximidad a la concepción de Foucault.

En ese sentido es pertinente que nos replanteemos lo considerado en el inicio de este comentario. ¿Son, efectivamente, dos mundos? ¿El de los desposeídos y el de los dominantes, el de los sometidos y el de quienes someten?

Se evidencia una reivindicación de clase («con dientes o sin dientes», blancos o no), pero no hay un proyecto político, no hay un discurso de crítica al poder autoritario; hay actos altamente individuales que surgen como ocurrencias; de pronto, un auto pasa veloz, y lo invade el odio. Son actos solitarios, es un hombre que decide vengarse, con convicción, con orgullo, con desprecio, con ironía, con crueldad. Las referencias a sus paseos por Río de Janeiro junto con todos dan cuenta de que esos lugares de los que quedó marginado le pertenecen, «Quien quiera mandar en mí, puede quererlo, pero morirá». No hay una negativa al dominio; pueden querer someterlo, pero no lo lograrán porque él va a vengarse. Se evidencia la omnipotencia narcisista. ¿Nadie lo vencerá?

En el cuento se pone de manifiesto una ligazón al odio apasionada y cuya

consumación produce placer: «Cuando satisfago mi odio, me siento poseído por una sensación de victoria, de euforia, me dan ganas de bailar – doy pequeños aullidos, gruño sonidos inarticulados [...] como un salvaje o como un mono».

No sabemos por qué (salvo que se cansó de pagar), pero él sabe a quién tiene que matar, y tiene sus motivos. Sus objetos son múltiples y parecen aleatorios; en muchos, casos parciales (dientes, piel blanca, una forma de vestir, una sonrisa), pero configuran una síntesis, una identidad, un sentido, que «justifica» la muerte. Su meta es la venganza. Aquí lo que falta es el acotamiento pulsional, amor-odio establecen un par inextinguible en el ejercicio de la violencia y en la consumación de la sexualidad. ¿Aspecto demoníaco de una sexualidad desligada que se repite porque solo puede buscar el apaciguamiento?

Me parece importante destacar que el autor escribe este cuento cuando está litigando jurídicamente con el poder de turno, y justamente no hay una sola mención a ello, no se nombra el autoritarismo imperante; tampoco se menciona el pasado del personaje, no se lo idealiza, nunca es víctima, es un sujeto que quiere cobrarse lo que le corresponde.

Fonseca da cuenta del ideal social de belleza del mundo en que vive, una profunda marca de origen en la mezcla cultural y genética, y la necesidad de matar a los que, teniendo igual origen que el

protagonista, lo disimulan, lo desmienten con afeites, trajes y sonrisa.

Tiene el aire petulante y al mismo tiempo ordinario del ambicioso ascendente inmigrado del interior, deslumbrado por las crónicas de sociedad, elector, inversor, católico, [...] patriota., [...] los hijos estudiando en la Universidad, la mujer dedicada a la decoración de interiores y socia de una boutique.

O, en otra ejecución mortal: «los hijos de cara chata ya no tienen acento, se tiñen el pelo de rubio y dicen que descienden de holandeses». Una América Latina que se quiere europea, que desmiente su mezcla cultural y niega su riqueza. Pero también una pintura implacable del falso *self*, de la sociedad de consumo, de la mentira y hasta de la estupidez.

Es fundamental para el cobrador que el odio no se mitigue; cuando se empieza a extinguir, hay que alimentarlo, y una forma es sentándose frente al televisor: «al poco tiempo me viene el odio»; mira el anuncio de whisky que muestra a un hombre bonito, atildado, moviendo los cubitos de hielo, sonriendo con todos los dientes, abrazado a una rubia reluciente, y ya queda inundado de violencia.

En general, los ajusticiados son hombres, con una particular y siniestra excepción, pero que también tiene sus connotaciones a pensar. Pero en la playa, donde

«somos todos iguales», se encuentra con una mujer, «paliducha» sonríe con todos los dientes, *vive en una hermosa casa de mármol*. ¿Qué sucedió? Hay miradas, un encuentro... «Me gusta Ana, palindrómico». Una mujer que lo busca y él se retrae. Para olvidarla, se va a jugar al fútbol. Se deshace las piernas y los pies, violencia sobre un cuerpo marcado en toda su extensión. Ella lo busca como modo de superar el tedio y la falta de sentido en su vida. Lipovetsky (1983/1998) señala que la sociedad posmoderna acentúa el individualismo, por lo que, en la era narcisista, hay más suicidios.

La violencia del cobrador le da sentido a la vida de Ana y propone cambios.

Es significativa la diferencia que el protagonista hace entre las relaciones sexuales y matar. El odio es lo contrario al sexo, afirma con seguridad. El erotismo no es un alivio de tensiones, es sexualidad, intimidad, comunicación, encuentro de algo nuevo. Tiene clara la diferencia entre el alivio que disminuye la tensión y el sexo, pero en el cuento los vemos profundamente entremezclados.

La pulsión, con su empuje, pulsa y repite. No puede hacer otra cosa porque la satisfacción es imposible. ¿Podemos pensar en el goce que proporciona el acto violento repetido una y otra vez, justamente porque la satisfacción no se logra?

¿Cómo se acota ese goce? ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Fonseca, R. (1981). *El cobrador*. Bruguera. (Trabajo original publicado en 1979).
- Gómez, R. (2011). *Una estética de la anomalía, para una ética bárbara* [tesis de maestría]. Universidad EAFIT, Medellín.
- Green, A. (1995). *El trabajo de lo negativo*. Amorrotu. (Trabajo original publicado en 1993).
- Lipovetsky, G. (1998). *La era del vacío*. Anagrama. (Trabajo original publicado en 1983).
- López Guevara, A. (2007). Violencia y literatura en «El cobrador» de Rubem Fonseca. En B. Mariscal y M. T. Miaja de la Peña (coord.), *Actas del XV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Monterrey, México, del 19 al 24 de julio de 2004* (vol. 4, pp. 393-404). Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (2000). *La experiencia estética: Entrevista a Paul Ricoeur*. En J. M. Valdés (coord.), *Con Paul Ricoeur: Indagaciones hermenéuticas* (pp. 155-173). Monteávila Latinoamericana.